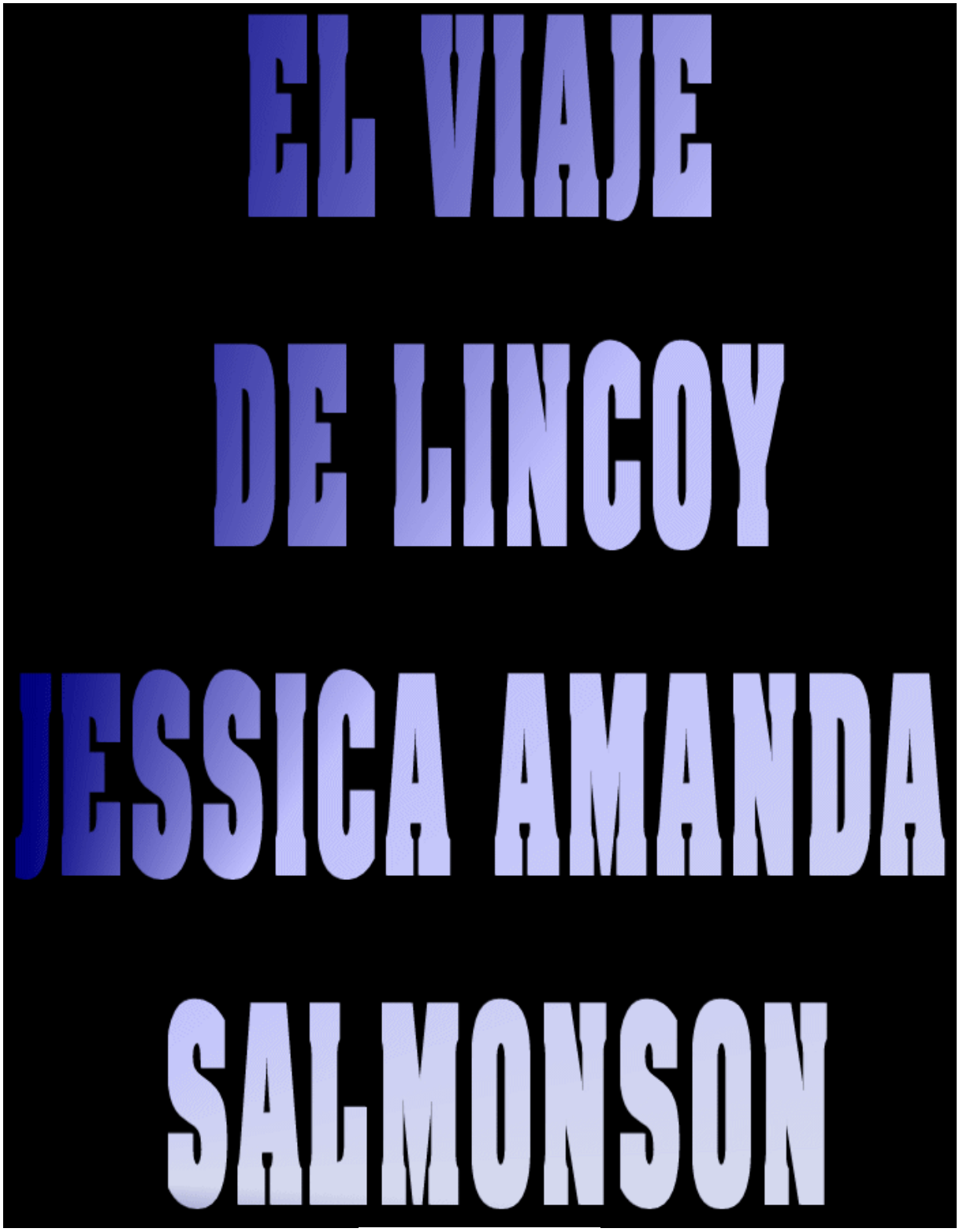
EL VIAJE DE LINCOY
JESSICA AMANDA SALMONSON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Tienen ante ustedes una fantasía oriental sobre una joven que muere y *emprende un extraño viaje más allá de ¡a muerte. Llena de auténticos detalles sacados de las creencias orientales, este relato despertará emociones en el lector con las que no está familiarizado.*

Jessica Amanda Salmonson es autora de la serie de novelas sobre To-moe Gozen y editó la antología Amazons, *que ganó el World Fantasy Awarcl.*

Lincoy, que tenía ojos como almendras y el cabello como una fuente a medianoche, se encontraba en su séptimo año de edad cuando probó por primera vez la muerte. En su sabor había algo dulce, pero la mayor parte era terrible y. ciertamente, resultaba un viaje largo y peligroso para una criatura tan pequeña y joven como ella.

Lincoy no se propuso alejarse tanto de la escuela. Las uvas silvestres habían madurado recientemente en las orillas del canal, cubiertas de parras, y no tardó en descubrir que las más dulces y suculentas eran aquellas de color más azulado y mayor tamaño, escondidas entre la espesura. Empezó a luchar con ella, alejándose cada vez más y más de la escuela, pensando siempre que las uvas más distantes parecían mayores y más oscuras que las que estaba cogiendo. De ese modo, fue siguiendo el canal, perdiendo todo sentido del tiempo y la distancia, en busca de las uvas, metiéndose cuantas podía en la boca, y guardando el resto en el gran bolsillo delantero de su largo vestido.

Tan lejos había ido que no oyó sonar la campana de la escuela, y tampoco vio cómo los demás niños volvían corriendo a la clase. Estaba fascinada por las dulces canicas repletas de néctar, que colgaban cual trofeos ante la punta de sus dedos. Jamás, que recordara su joven memoria, había contemplado tal abundancia de maná, colgando de las parras que ceñían el canal. Muy pronto, tanto sus mejillas como su bolsillo estuvieron repletos, y tanto sus manos como su rostro estaban manchados con un vivido color púrpura.

Era como si las uvas hubieran sido colocadas especialmente en los sitios más adecuados para conducirla a su muerte.

Cuando por fin no quedaron más uvas, salvo aquellas pequeñas y aún amargas. Lincoy, sentándose entre las parras y la verde espesura, se sintió un tanto abatida al ver que no quedaba ya ninguna por coger. Se
quedó allí sentada, entre la sombra y los rayos de sol, con el labio inferior torcido en un mohín, volviendo la cabeza a un lado y a otro, buscando aunque sólo fuera una más de sus maduras golosinas de color azul. Tenía el bolsillo tan lleno que las uvas casi caían de él. pero le parecía vital encontrar sólo una más.

La codicia, por muy pequeño que sea su objetivo, es mala cosa en un adulto. Esto es igualmente cierto para las niñas, y muy a menudo las lecciones se aprenden de forma bastante dura. Ya no había más uvas que valiera la pena coger, pero había otro fruto casi idéntico en su color, aunque algo más pequeño, que crecía mucho más cerca del suelo que las parras. No era muy común en el lugar, pero algunas veces la suave corriente del canal traía semillas de tierras extrañas y distantes, depositándolas en una tierra que no era la suya. El ver tales frutos alegró mucho a Lincoy, pues eran todavía más azules que las uvas. Cogió todos los que había, un puñado no muy grande, y al no quedarle más espacio en su bolsillo se los comió. Después de eso, sintiéndose satisfecha, decidió volver.

Al ser tan pequeña y tan poco experimentada no tardó nada en extraviarse. Si se hubiera quedado allí donde podía ver ei canal y lo hubiera seguido, invirtiendo el camino que había tomado antes, no podría haber acabado en lugar alguno que no fuera la escuela. Pero sin tener uvas que justificaran el esfuerzo de abrirse paso a través de la espesura. Lincoy se apartó del canal y de los arbustos más frondosos, alejándose de esta manera de la única señal que le era fácil reconocer. Lo cierto es que Lincoy era una niña muy poco miedosa y muy confiada, especialmente en la ayuda de Buda. y jamás tomó en consideración la posibilidad de que estuviera siguiendo el camino errado. Lo único que hizo fue caminar, segura de que al final acabaría llegando a su casa o a la escuela.

No mucho después la invadió un sueño tan irresistible que miró a su alrededor buscando un sitio tranquilo. El suelo parecía ser todo muy duro y pedregoso o cubierto de áspera vegetación, así que durante un ratito más luchó contra su cansancio.

Durante unos minutos siguió andando con los ojos más cerrados que abiertos. Se cayó

varias veces, y durante esas caídas logró aplastar las uvas, de tal modo que toda la parte delantera de su vestido quedó manchada por una tinta violeta. Por azar, acabó encontrando un camino que subía una colina, y aunque sus cansadas piernas habrían preferido bajar una colina antes que trepar por ella, el camino seguía ascendiendo y era muy angosto, así que subió por él. Al final, encontró un banco de tosca apariencia construido con un tronco. Y en este banco se tendió a dormir.

Cuando el sol estaba ya muy bajo. Lincoy seguía ahí, sin moverse para nada que no fuera un temblor de vez en cuando. Su rostro estaba cubierto por un sudor febril. Una vez abrió los ojos y vio a un hombre vestido de amarillo, pero resultaba mucho más agradable dormir y no preguntarle quién era.

El hombre era un monje budista, que había bajado por la montaña y se encontró a la niña, enferma y tendida en el banco. La cogió en sus brazos y la llevó a través del bosque hasta su templo, donde él y otros monjes la cuidaron e intentaron mantenerla despierta el tiempo suficiente para que tomara unas hierbas curativas. Esa noche la pasó delirando y no tomó ni alimento ni agua, así que mucho menos tomó las hierbas, de sabor muy amargo.

La muerte no tenía prisa por alcanzarla, y durante la mañana siguiente hubo un momento en el que pareció que iba a ponerse bien. Despertó sin tener ni idea de quién era. Pero no era niña que se asustara con facilidad. Descubrió que se hallaba en una gran habitación donde no había estado nunca anteriormente, y que estaba sola, pero eso no era motivo suficiente para alarmarse.

Se puso en pie. abandonando el camastro de madera en el que había reposado, y fue a explorar el templo, buscando algo con que jugar. El templo era de grandes proporciones y la mayor parte de él era subterránea, y aunque lo ocupaban muchos budistas Lincoy no encontró a nadie en los salones, así como tampoco en los cuartos que inspeccionó. En una estancia había estantes llenos de libros y pergaminos. En otro cuarto había jarrones muy bellos, así como tallas de jade y ónice. En otras habitaciones había ataúdes y urnas, y en uno de esos cuartos Lincoy vio un esqueleto tendido sobre un camastro de madera muy similar al que ella había ocupado en su letargo. Los huesos estaban cubiertos de polvo, y Lincoy pensó que eso significaba que nadie se preocupaba por ellos. De ese modo, en su inocencia y sin tener miedo. Lincoy cogió la calavera para jugar con ella. Encontró el camino de vuelta al cuarto en el que había dormido y. sentándose en el suelo, se puso a jugar con su nueva posesión recién encontrada.

Unos minutos después, el mismo hombre vestido de amarillo y con el cráneo rasurado que la había encontrado el día antes, y al cual Lincoy recordaba sólo como un sueño vago pero no desagradable, entró en el cuarto y la vio con su bracito metido en el interior de! cráneo. Al instante, sintió un gran horror, pero compuso adecuadamente su rostro en una expresión tranquila antes de acercarse a ella.

Con voz amable, pero grave, le dijo que debía entregarle el cráneo.

A Lincoy le pareció que se trataba de una petición muy injusta. Era su único juguete y había tenido que buscar mucho para encontrarlo y llevárselo, y resultaba mucho más interesante que cualquiera de sus juguetes anteriores, con todos esos dientes tan blancos, esos extraños agujeros para la nariz y los ojos, y su mandíbula colgante. Además, quien lo hubiera tenido antes ni tan siquiera se había molestado en limpiarlo, así que no debía interesarle demasiado. No quería separarse de él y lo apretó contra su cuerpo.

--No -le dijo osadamente -. Es mío.

- No es tuyo -la corrigió el monje-. Pertenece a otro.

Estuvieron discutiendo durante un rato sin alzar la voz hasta que el monje decidió que lo mejor sería, sencillamente, quitárselo. Pero seguía teniendo el brazo medio metido en el cráneo, lo cual ayudó a Lincoy a conservarlo, y al final el monje retrocedió, temiendo que la lucha fuera a causar la rotura del cráneo.

- Muy bien -accedió por fin. cambiando de estrategia-. Es tuyo. Pero ahora no es el momento de jugar. Es hora de comer, así que debes guardar tu juguete.

Lincoy, aunque nada contenta con la idea de abandonar algo que creía honestamente suyo, no era una niña desobediente ni irrespetuosa. Así pues, cuando le dijo que no era el momento de jugar, preguntó dónde se suponía que debía guardar el cráneo. El monje llevaba una faltriquera colgando de su costado y, abriéndola, le dijo:

- Puedes guardarlo ahí.

Lincoy. entrando inmediatamente en sospechas, vaciló y le preguntó:

- ¿Vas a tirarlo?

-Te prometo que no lo tiraré.

De ese modo. Lincoy metió el cráneo en la faltriquera del monje. Jamás llegó a saber cuan terrible era turbar el reposo de los huesos de los sacerdotes muertos que se conservaban en el templo, y el monje no tuvo el valor suficiente para reñirla. Pero, tras lo ocurrido, sentía un gran temor por ella, y al no saber lo que Lincoy había comido el día antes, le echó la culpa de todo lo que le ocurrió después al cráneo.

Durante toda la mañana pareció encontrarse bien. Dijo a los monjes cuál era su nombre y ellos mandaron un mensajero en busca de sus padres. Pero no deseaba comer o beber, y todos los monjes creyeron que eso era muy raro pues debería tener mucha hambre, como cualquier otra persona, tras haber pasado una noche de fiebre. Pero hubo un monje al cual esto no le pareció extraño. Sabía que los espíritus no se alimentan, y creía que la niña estaba poseída por el espíritu del sacerdote cuyos huesos había molestado.

Cuando el sol se acercó a su cénit. Lincoy sintió una vez más sueño y debilidad, y. tendiéndose en el suelo, no tardó en quedar dormida. Cuando llegó su padre, ni él ni los monjes pudieron despertarla, y esto causó una profunda inquietud en su padre.

El monje que la había encontrado en el sendero, y que luego la había descubierto jugando con e! cráneo, habló con el padre de Lincoy sin que nadie les oyera, y, sin levantar la voz. le dijo que su hija ahora estaba poseída, que debía llevársela del templo y no contarle a nadie dónde había estado. Y así lo hizo el padre de Lincoy.

Lincoy yació enferma durante todo el resto del día y la mayor parte del siguiente, sin moverse ni una sola vez durante ese período. Su familia, desde el más viejo de los abuelos hasta el más joven de sus hermanos, pasaron todas las horas del día trabajando entre las cosechas, que ya estaban madurando, de tal forma que. cuando por fin despertó, Lincho se encontraba sola.

Estaba tan débil que no pudo levantar los brazos, y sólo con e! mayor de los esfuerzos logró volver la cabeza hacia la puerta abierta. Tenía la garganta tan dolorosamente reseca que le resultaba imposible llamar a nadie.

Para cuidarla sólo estaba ahí su hermano, de tres años de edad. Cuando le vio entrar con su cabello eternamente revuelto, logró emitir un murmullo con gran esfuerzo.

—Dame algo.

—¿El qué? -preguntó el niñito, acercándose al lecho.

Ella intentó explicarle que deseaba agua, pero le fue imposible emitir sonido alguno. El niño fue corriendo a otra habitación y volvió con un poco de fruta que le puso en la boca. Lincoy fue incapaz de tragarla. y su sabor le pareció horrible. Intentó mover la lengua para expulsar la fruta de su boca, pero hasta tan sencilla tarea le pareció extraordinariamente difícil. El tener la boca llena de fruta se convirtió en su única preocupación, y ello le pareció algo terrible e injusto. Sintió una gran desesperación, pero se encontraba tan deshidratada que no podía ni llorar.

En ese justo instante murió. El hermano pequeño volvió a sus quehaceres, y sólo cuando el resto de la familia volvió a la casa para comer, descubrieron que Lincoy estaba

muerta. Su hermano admitió que le había puesto la fruta en la boca, pero pensó que después de eso se había dormido y nada más. La madre de Lincoy dijo que era bueno que, al menos, hubiera tomado un poco de alimento antes de la muerte, pues eso le daría fuerzas a su fantasma para el viaje a la otra vida. Luego todos lloraron, y enviaron mensajeros a quienes habían dejado la granja para establecerse en otros sitios, avisándoles de que se debía preparar un funeral.

A Lincoy no le pareció que hubiera muerto. En vez de eso tenía la impresión de que había despertado para encontrarse sola, y, al no sentirse ya débil y cansada, salió de la casa en busca de sus padres. Una vez fuera no encontró a nadie, así que tomó por el polvoriento sendero en el que se veían las huellas de los carros. El mundo estaba igual que siempre, salvo por el hecho de que no había gente trabajando en las granjas, ni grillos haciendo ruido entre la hierba marrón, y tampoco pájaros multicolores cantando y revoloteando entre los árboles y el bambú.

El camino la llevó hasta el canal. Normalmente estaba lleno de pescadores y botes, y alguna vez se podía ver uno o dos barcos que venían de tierras distantes o cercanas. Pero hoy, en las tranquilas aguas semejantes a un cristal, sólo había un junco, ¡y qué extraño era!

Tenía una enorme vela cuadrada hecha con papel de arroz, y en él se veía un dibujo tal que ni siquiera la mayor cometa que jamás hubiera volado podía igualar. Y, a decir verdad, ese junco navegaba de forma tan rápida y suave que más parecía volar cual una cometa que no flotar. El casco estaba cubierto con tallas de dragones y otros animales, y en la proa se distinguía a una mujer de belleza incomparable.

Al acercarse el junco a la orilla. Lincoy se quedó inmóvil y boquiabierta ante la hermosura de la dama. Era alta y de esbelta silueta, ataviada con un traje de Ao Dai de oro resplandeciente, y en su cabeza llevaba un adorno puntiagudo y muy alto. Sus manos, pequeñas y perfectas, estaban inmóviles entre sus senos en actitud de plegaria y permanecía tan completamente quieta como una estatua, con sus grandes ojos rasgados siempre fijos en los de Lincoy.

Las tranquilas aguas no eran turbadas ni por una sola ondulación, y en el aire no soplaba ni la más leve brisa. Al no ver corriente ni viento. Lincoy no logró imaginar qué impulsaba al junco. Como si tuviera voluntad propia, éste se detuvo a unos centímetros de la orilla y, dando la vuelta, se quedó allí como para facilitarle el acceso. Lincoy supo que era bienvenida a bordo pero, sin que pudiera decir por qué, vaciló antes de subir.

- ¿No estás preparada para venir conmigo? -le preguntó la hermosa dama dorada, sus ojos como soles negros, el rostro lleno del disgusto que muestran las más celosas emperatrices.

Lincoy no supo qué responder, y subió al junco sin decir nada, y éste empezó a surcar el canal rumbo al sol poniente. Se preguntó dónde podría llevarla la dama dorada, pues siendo niña Lincoy creía que el canal llevaba a todos los lugares del mundo. El junco siguió navegando y, finalmente, Lincoy rompió el silencio para preguntar cuál era su destino.

- Una tierra que está muy cerca y sin embargo muy lejos -le respondió misteriosamente la dama.

Parecían haber transcurrido horas, pero el sol seguía siempre en el mismo punto al final del sendero de las aguas, como si el junco lo estuviera siguiendo, dando vueltas y más vueltas al mundo, sin permitirle que se ocultara. ¿O sería quizá que el tiempo se había detenido en esa extraña embarcación? Lo que transcurría, ¿eran horas o quizá eones?

Cruzaron tierras de las cuales Lincoy jamás había oído hablar a sus padres o profesores. Plantas desconocidas crecían a lo largo de las orillas, y picachos que no podían reconocer se divisaban a lo lejos. Luego las orillas se convirtieron en un desierto estéril e interminable y, aún mucho después, el canal les llevó por entre dos acantilados de piedra que se alzaban hasta el infinito.

Tal sucesión de maravillas no tardó en agotar el asombro de Lincoy, y entonces recordó que no había comido desde el día en que encontró las uvas.

-Tengo hambre -dijo.

-En seguida cesará tu hambre y nunca volverás a sentirla.

-Tengo sed -afirmó Lincoy tras haber meditado durante unos breves instantes.

-Muy pronto dejará de hacerte falta el agua.

-Necesito ir a un sitio -proclamó finalmente Lincoy.

A esto nada pudo oponer la bella dama, así que el junco se aproximó a la orilla y Lineoy bajó de él. Pero no era cierto que necesitaba ir adonde había dicho, Sólo pensaba en su padre y su madre, y echó a correr volviendo por el camino que había seguido el junco.

Esta vez Lineoy despertó en su ataúd. Jamás había estado antes en uno y no lo reconoció, o se habría asustado mucho más. Ahora solamente estaba confusa. Los preparativos para el funeral consistían en atar los tobillos, las rodillas y la cintura. Los brazos estaban unidos a los costados, y los antebrazos se doblaban por encima del pecho, las muñecas estaban atadas y las manos estaban colocadas en posición de rezo. Dentro de sus manos había un loto amarillo.

Lineoy era incapaz de mover su mandíbula para gritar, pues sentía toda la boca rígida e inmóvil. No podía abrir los ojos, ya que estaban cubiertos por una seca corteza de lágrimas que los mantenía cerrados. Al estar atada adecuadamente para el funeral, ni siquiera le habría sido posible dar una patada, aunque hubiera tenido fuerzas para ello. Logró moverse de un lado a otro golpeando con los codos el ataúd, pero no hizo demasiado ruido.

Alrededor del ataúd habían colocado grandes hojas de guava, pues la guava tiene el poder de absorber los olores más terribles, y siempre se las dejaba alrededor de los muertos sin enterrar. La única razón de que Lineoy no hubiera sido aún sepultada era que su hermana mayor se encontraba enferma en otra aldea, y la familia deseaba esperarla antes de que empezara el baño ritual: todos los miembros de la familia debían ayudar a purificar el cuerpo antes de entregarlo a la tierra.

El abuelo de Lineoy entró en la habitación trayendo nuevas hojas de guava. ya que tenían que cambiarse cada día en un clima tan cálido. Recogió todas las del día anterior y las sustituyó por nuevas. Su avanzada edad le había despojado de casi todo el oído, y los golpes apagados que venían del pequeño ataúd le pasaron desapercibidos. Pero aun así. se le ofreció una pista de lo que ocurría. Cuando cruzaba la granja con su carga de hojas gastadas para tirarlas, se le cayó una y se partió.

Como tocios saben, cuando se utilizan guavas para absorber el olor de los muertos, partir una de sus gruesas hojas significa liberar todo ese olor. que. muchas veces, es peor que el de un huevo podrido de pavo real.

Por eso el anciano maldijo su torpeza y se agachó para recoger la hoja. Para su gran sorpresa ésta no olía en absoluto, y aquello le pareció realmente muy raro.

Mientras tanto. Lineoy había sido capturada por la hermosa dama de oro y llevada nuevamente al junco.

- ¡Nunca vuelvas a hacer eso! -le dijo a Lineoy. riñéndola.

Ella estuvo llorando largo tiempo, pero al final acabó olvidando sus lágrimas y contempló las maravillas que se desplegaban ante ella y bajo sus pies.

Primero las aguas del canal se volvieron de un color tan azul como el cielo, luego de un cálido tono amarillo semejante al del sol. y, a medida que iban avanzando, las aguas se volvieron de un hermoso verde hierba, luego de un rojo brillante y luego de el olor naranja, cambiando a todos los tonos y matices que se puede imaginar. Era un espectáculo soberbio, que no se podía comparar con nada de lo que Lincoy había experimentado, y le resultaba imposible apartar sus ojos de todos esos colores, mientras el espectro de sus gamas ardía de un extremo a otro en su indescriptible esplendor.

Y durante todo el tiempo e! sol les guiaba, yendo delante del junco.

Cuando Lincoy logró apartar los ojos de las aguas pintadas, descubrió que la orilla ya no resultaba tan amistosa como antes. El bambú se había vuelto muy denso, y se dio cuenta de que si intentaba huir otra vez, nunca podría sobrevivir en ese bosque. Muchas de las ramas y brotes del bambú estaban rotos y eran muy afilados. Si intentaba correr por entre ellos no tardaría en quedar empalada.

Y aún empeoró. Los cuchillos de bambú se hicieron cada vez más abundantes y empezaron a extenderse por encima del canal, formando un túnel. Lincoy no tuvo más remedio que tenderse de espaldas en el fondo del junco para no sufrir arañazos y heridas. Pero los afilados brotes y tallos se apartaban de la dama dorada, que seguía erguida con su alta silueta en la proa, y no desgarraron la vela de papel.

Se había decidido que si la hermana de Lincoy no llegaba por la mañana, empezarían el funeral sin ella. Pero no tuvieron que esperar ese día. pues la hermana mayor llegó a casa cuando apenas habían tornado tal decisión.

Varios monjes vestidos de amarillo y con las cabezas rasuradas habían acudido para el baño ritual, así como un sacerdote budista y una gran multitud de amigos y parientes, aparte de unos cuantos conocidos no muy íntimos que no tenían nada mejor que hacer ese día. El padre de Lincoy sacó a su hija del ataúd, y éste fue guardado para usarlo luego con otros familiares fallecidos, pues los pobres no podían permitirse el lujo de enterrar los ataúdes con sus cadáveres dentro.

Mientras el sacerdote hablaba de la niña muerta, se vertieron muchas lágrimas y en muchos rostros había expresiones solemnes. Pero el abuelo no hacía caso de todo ello. Fue hasta donde había el ataúd y cogió una de las guavas. Partió la hoja deliberadamente y la olio.

—¡No está muerta! -gritó, interrumpiendo las palabras del sacer dote.

—¿Qué has dicho, anciano? -le preguntó éste.

—¡Que no está muerta! Lleva aquí tendida siete días, pero su carne no se ha deteriorado. ¡Y oled esto! ¡Sigue siendo lo bastante bueno como para comerlo!

Y. a! decir eso. dio un gran mordisco a la guava del ataúd, dejando que la pulpa y el jugo gotearan por su mentón. Esto hizo que todos los presentes dieran un respingo, pues les habría parecido igual de horrible

morder a un búfalo muerto sobre el cual reptaran los gusanos, que comer una guava usada para absorber el olor de la muerte.

Mientras el sacerdote olía la pulpa, bastante sorprendido, el padre de Lincoy fue hasta donde yacía su pequeña hija. Pegó el oído a su pecho, buscó el pulso en su sien, y luego detrás de su oreja. Su cuerpo estaba frío y no había vida alguna que se escondiera en él.

- ¡Traedme hilo y algodón! -ordenó, y la madre de Lincoy se apresuró a obedecerle.

Mientras todos le contemplaban, rodeándole en un silencio expectante, el padre de Lincoy sostuvo un hilo al que había atado una bola de algodón ante los labios y la nariz de Lincoy. Si respiraba, aunque fuera muy levemente, la bola se balancearía. Su padre sostuvo el brazo ante ella durante media hora, que se convirtió primero en una hora, luego en hora y media y, finalmente, en dos horas. Quienes le rodeaban eran gente paciente y en ningún momento, perdieron el interés por tan silenciosa ordalía. Todos los ojos estaban clavados en la bola de algodón, y todos tenían gran cuidado de que su aliento no fuera hacia ella.

Por fin, el padre apartó su brazo dolorido y. encorvando los hombros, se volvió hacia todos los presentes.

- Está muerta -afirmó.

Entonces Lincoy sintió que la invadía un gran abatimiento. La dama dorada guardaba

silencio mientras atravesaban el País Oscuro, y esto no hizo sino aumentar la soledad que Lincoy sentía en su interior. Estuvo más segura que nunca de que jamás vería nuevamente a su familia.

Aunque Lincoy era muy valiente, esta parte del viaje resultaba particularmente aterradora. El sol seguía ardiendo en la boca del canal, pero su luz no parecía brillar sobre la tierra cubierta de sombras. El canal se parecía a un riachuelo estancado que cruzara un pantano cubierto de neblina, y a ambos lados se podían ver ojos rojizos que pestañeaban entre las negras sombras de árboles gigantescos. Siseos, roces, zambullidas, gemidos apagados, e incluso, de vez en cuando, una risita siniestra eran los únicos sonidos que llegaban a ella.

Lincoy miró con los ojos humedecidos a la mujer y admitió que estaba asustada.

- Esta es la última tierra que debemos cruzar -le respondió la dama dorada en su habitual tono místico - . Después, nunca volverás a tener miedo.

Cuando le oyó decir que ésta era la última tierra por la que atravesarían, Lincoy estuvo totalmente segura de que jamás volvería a su hogar. y al saberlo su abatimiento se hizo diez veces más pesado. Fue entonces cuando más lloró, pero no dejó que se le escapara ni el menor ruido, ni el menor sollozo ahogado, pues no quería ser oída por la dama de oro.

Olvidó todos los monstruos que había en la oscuridad. Sólo podía pensar en cuánto echaba de menos a sus padres. Todos los miembros fueron vencidos por esa emoción, y Lincoy empezó a temer que ésta era
la última ocasión de volver a su hogar. En un rapto de ciego valor, saltó por la borda del junco y luchó por llegar hasta la fangosa orilla, y, por fin, salió de las sucias aguas. Sus piernas se hundían hasta la rodilla en el barro, haciendo que le resultara casi imposible correr. Pese a todo, Lincoy corrió.

La dama dorada no pudo hacer más que contemplar su huida llena de tristeza y piedad, llamándola dos veces para que volviera. Esta vez no podía salir corriendo para traer de vuelta a la niña, pues se encontraban en una tierra en la que incluso ella temía entrar.

Detrás de ella, Lincoy oyó una cruel carcajada y cuando miró por encima de su hombro vio a dos hombres peludos, con colas de búfalo y cuernos, persiguiéndola con grandes tridentes.

Intentó correr más de prisa, pero era como si un hechizo detuviera sus pasos. Era algo parecido a una cuerda mágica: cuanto más se lucha por huir de ella, más se aprieta la cuerda. Cuanto más de prisa intentaba ir, más pesados se volvían sus pies.

Sentía que el corazón estaba a punto de saltar de su pecho. Temía volverse de nuevo para mirar, pues sin necesidad de hacerlo sabía que los hombres-demonio estaban a punto de cogerla. Sus piernas se hundían más y más en la repugnante y apestosa suciedad del pantano hasta que, por fin, no pudo moverlas. Decidió cerrar los ojos y, agarrándose a una rama con los ojos llenos de lágrimas, gritó:

- ¡Buda, Buda, Buda! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Entonces sintió un brazo muy fuerte y poderoso que la envolvía y la sacaba del fango de un tirón. Las horribles carcajadas cesaron de pronto, y cuando abrió los ojos, se encontró en el regazo de Buda. que estaba sentado en la posición del loto, contemplándola con una sonrisa que hizo desaparecer todos sus temores.

Mientras tanto, uno a uno, los familiares de Lincoy purificaban su cadáver. Junto a su cuerpo inmóvil dejaron un cuenco con agua, y todos se mojaron los dedos para limpiar a la niña muerta, ya fuera sus piernas o su vientre, su pecho, su cara o su cuello.

Muchas manos húmedas pasaron sobre su carne, una tras otra, y con ello la humedad que tanta falta le hacía fue absorbida por su cuerpo deshidratado. El roce calentó su fría piel. El masaje renovó la circulación de su sangre estancada.

Tras ella permanecían inmóviles los monjes, vestidos de amarillo, con sus calvas cabezas inclinadas. El incienso flotaba por la habitación, y quienes aún no habían ayudado a lavar su cuerpo aguardaban que les llegara el turno. Cuando el abuelo de Lincoy empezó a mojarle

suavemente el rostro, vio que sus ojos se abrían un poco. Se quedó inmóvil, mirándola, con sus manos aún sobre sus mejillas. Pensó que quizá con sus manos le había abierto los ojos. Ya se había comportado una vez como un tonto durante la ceremonia, y se preguntó si resultaría prudente alarmar una vez más a todos los presentes.

Un segundo después pensó que lo único que podía ocurrir era que
por dos veces quedara como un tonto que ya había demostrado ser. y una vez mas gritó.

- ¡Está viva!

Naturalmente, nadie dio gran crédito a lo que ahora ya podía considerarse corno el delirio senil de un anciano enloquecido por e! dolor, pero nadie se atrevió a faltarle el respeto ante tal cantidad de años. Además, el padre de Lincoy deseaba creer ardientemente que lo imposible era real y. una vez más. se dispuso a obrar.

Apartó amablemente a su viejo padre, y murmuró: «Traedme un tazón con agua», y. cuando se lo dieron, lo vertió por la garganta de su hija hasta que e! líquido rebosó por su nariz.

Luego empezó a quitarle las ataduras funerarias, liberando sus tobillos, rodillas, musios \ brazos. El loto que contenían sus manos atadas, ahora reseco y quebradizo, cayó al suelo y se convirtió en polvo. Hubo algunas protestas, pero mientras los mismos sacerdotes las hacían callar, el padre de Lincoy siguió desatando sus miembros. La irguió a la fuerza, y su cuerpo estaba tan fláccido como el de una muñeca de trapo, mientras toda el agua salía por entre sus dientes y sus fosas nasales.

Los asistentes al funeral la observaron, manteniendo en secreto sus pensamientos y sin decir nada. Su padre frotó una v otra vez los brazos y las piernas, y demostró la misma tenacidad que antes había aplicado con la bola de algodón.

De la reseca garganta de Lincoy salieron dos palabras, dichas en voz. tan baja y con los labios tan quietos que sólo su padre, su abuelo, su madre y tres monjes que se encontraban justo detrás de su cabeza pudieron oírlas.

- Dadme agua -pidió en un murmullo.

Cuando estas palabras fueron pronunciadas por la niña, a quien se suponía muerta, dos de los monjes huyeron corriendo de la casa y no se detuvieron hasta encontrarse a salvo en el templo. El monje que no se minchó era el que la había encontrado durante ei primer día de su enfermedad, v lo único que hizo fue sonreír, aliviado, como si lo hubiera sabido lodo ese tiempo. La madre de Lincoy permaneció boquiabierta, mientras que su esposo friccionaba con más vigor la carne de su hija El abuelo empezó a saltar dando gritos de alegría, abrazando a ios úerr.ás asistentes al funeral que. o estaban tan atónitos que eran incapaces de reaccionar, o todavía no estaban muy seguros de lo sucedido.

Pasaron muchos días antes de que Lincoy estuviera lo bastante fuerte como para incorporarse sin ayuda. pero sólo pasó una hora hasta que fue capaz de hablar nuevamente.

—¿Qué estabais haciendo conmigo? - quiso saber entonces.

—Estabas muerta -le dijo su padre- . Íbamos a enterrarte, Y lo habríamos hecho, en verdad, de no haber tardado tanto en llegar tu hermana.

--¿Quién os dijo que había muerto? -preguntó la niña, casi protestando- , ¡No me morí! ;Lo único que hice fue quedarme dormida!

- Nadie duerme durante siete días -replicó su padre, mostrando su desacuerdo.

Lincoy insistió.

- ¡No dormí durante siete días! Me levante y fui al canal. Una dama dorada me llevó por un río de muchos colores. Buc'a... Bada me trajo de vuelta.

Ante tan infantil fantasía su padre no pudo sino sonreír, y la apretó entre sus brazos tan fuerte como pudo. Pero había algo que no podía discutir: Buda se la había devuelto.

Dinosaurios en Broadway

TONY SAROWTTZ

Gran parte de los que se trasladan a Nueva York descubren que la ciudad es un sitio que les confunde y resulta hostil para vivirr en él... pero muy pocos llegan a descubrir que está habitada por dinosaurios.

Tony Sarowitz, al igual que muchos otros escritores de ciencia ficción y fantasía, entre los que se cuentan Lisa Tuttíe y *J. MichaefÜ Reaves, estudió en los talleres literarios de Clarion. Sus relatos han aparvccido en* New Dímensions, Galaxy, Isaac Asimov's SF Magazine y Fanteasy and Science Fiction. *El relato que viene a continuación ganó el Traunsatlantic Review A ward.*

Tras llevar un mes en Nueva York, a Sylvia le parecía que todos sus actos eran parte de un sueño. Contempló a su entrevistadora, sentada al otro lado del escritorio, una tal señora Vedicchio, y se fijó en su hermoso cabello blanco recogido en lo alto de su cabeza, como un montón de crema batida.

- Nueva York no es Oregón -dijo la señora Vedicchio. como si en eso consistiera todo el sutil malentendido que había entre ambas. Sylvia asintió. Era su tercera entrevista laboral del día y estaba pensando en su propio cabello, que le parecía flaccido y pesado, como si estuviera hecho de arcilla. En cierto sentido, así era; se llamaba Clay de apellido.[1] Sylvia Clay. ésa era ella - . Quizá si estuviera graduada en algo -siguió diciendo ¡a señora Vedicchio - . o si tuviera algunas referencias locales… Las posiciones administrativas en la paternidad y la primera infancia son muy difíciles de hallar hoy en día.

Svlvia asintió de nuevo y sonrió, imaginándose que comía el blanco cabello de la señora Vedicchio con una cuchara.

Mientras caminaba en dirección a la estación del metro de la calle Ciento dieciséis, estuvo pensando en cabellos e hizo una lista mental de algunas cosas, Oregón aparte, que no tenían igual en Nueva York. En enero no hacía calor, y ahora estaban en ese mes. Tampoco había una suave fragancia en el viento. No estaba en el triásico. el jurásico o el período cretásico de la era mesozoica (todo eso venía de un libro ilustrado sobre dinosaurios, que había comprado para Madeline hacía una semana). Se quedó inmóvil en el andén del metro y miró su reloj, pensando en cuánto faltaba para que Maddy saliera cíe la escuela. Pensó en Maddy y contempló los ojos amarillentos de! tren que se aproximaba, y pensó

en el ruido, que se parecía al aullido de una bestia. Imaginó que era una bestia, un anquilosauro acorazado, sus duros flancos rascando la pared del túnel mientras cargaba sobre su presa. Cerró los ojos y todos sus pensamientos se convirtieron en imágenes mentales: convoyes del metro, ventiscas de nieve, cabellos blancos, dinosaurios, flores silvestres. Entonces el andén se inclinó sesenta grados y Sylvia cayó a las vías,

Los infortunios parecían ser el modo de vida habitual para Sylvia en Nueva York. Había

perdido autobuses y algunas balas habían pasado silbando junto a ella en la calle. Esta, sin embargo, era la primera vez que estaba en una ambulancia. El ruido de la sirena era horrible. Logró sentarse e intentó explicar que se encontraba perfectamente, que no tenía nada aparte de unos cuantos arañazos y morados, pero el enfermero le dirigió un par de melodiosos «No. no», y la obligó suavemente a tenderse de nuevo en la camilla. La ambulancia siguió su carrera ululante. Una vez en el hospital, la enfermera de recepción insistió en que la examinaran, y aunque Sylvia podía recordar cómo había logrado apartarse de las vías sin sufrir daño alguno, empezó a preguntarse si después de todo el tren no la habría golpeado en vez de sentirlo resbalar junto a ella como una chirriante nube negra. Presa de un pánico repentino, empezó a contar los dedos de sus manos y pies.

- Me siento ridicula -le dijo al médico, abriendo los ojos como platos-. ¿Es un síntoma de algo como la conmoción el sentirse tan completamente absurda?

Estaba sentada en una zona de espera, sorbiendo té en un vaso de cartón, cuando llegó Richard. Se quedó inmóvil ante ella, las manos en las caderas, el abrigo sin desabotonar y la bufanda inmaculadamente arrollada en su cuello.

- ¿Qué ha ocurrido. Syl? --le preguntó.

Ella intentó bromear.

—No puedo conseguir un trabajo sin la preparación adecuada. Lo único que intentaba era encarrilar el asunto. -Él la contempló en silencio- . Estoy bien -elijo ella-. No fue nacía, de veras. Dentro de un minuto iré a por Maddy. Ni tan siquiera tendrían que haberte llamado. Pero me alegro de que estés aquí...; es decir, si es que no te has molestado por ello. Espero que no estuvieras haciendo nada importante.

—No mientras tú estés bien y entera -contestó-. Maddy \ yo nos lo pasaríamos muy mal si te ocurriera algo. Te encuentras bien, ¿verdad?

—Sí. Dick. -Ahora ya se había acostumbrado a la nueva jerga burocrática que utilizaba. Se dijo que era sólo una forma superficial de hablar y nada más. como si hubiera adoptado el acento y el idioma de una tierra extranjera. Se levantó y se puso el abrigo-. Para ser una esposa, me encuentro perfectamente.

—Bien. -Él dio una rápida palmada, corno si estuviera terminando algún negocio-. En la oficina no esperan que vuelva. Iremos a por Maddy, luego comeremos en algún sitio y dedicaremos la tarde para que te recuperes. -Hizo una breve pausa-. Es decir, si te parece bien. No deseo entrometerme en tus cosas.

- Claro que no -dijo ella, sonriendo.

Él asintió con expresión seria y se adelantó para abrirle la puerta.

Sylvia solía sentirse pequeña en las calles de Nueva York. Era algo relacionado con la altura de los edificios y ¡a densidad del gentío. Para empezar ya era pequeña: no llegaba al metro sesenta de estatura. Cuando se encontraba entre la gente tenía la impresión de estar perdida.

Avanzaba por la acera, mientras que Dick la precedía. Desde que se habían puesto en movimiento, sus pasos habían cambiado y ahora caminaba con premura. Visto desde atrás, hacía pensar en los anuncios de lociones para después del afeitado. Corrió hasta su lado y le cogió del brazo; cuando se volvió a mirarla se dio cuenta de que era un desconocido. Sylvia retrocedió un paso, confusa, sin habla. El hombre la miró un segundo y siguió caminando, y durante ese segundo le pareció que cualquiera entre una docena cíe espaldas corpulentas, que se alejaban de ella caminando por la calle, podía ser la de Dick. Entonces le vio. Le cogió del

brazo con tal fuerza que él la miró, sorprendido.

- ¿En qué estás pensando? -le preguntó.

Ella meneó la cabeza. No estaba pensando nada que pudiera expresar con palabras. Mientras andaban juntos por la acera, se imaginó un braquiosaurio sumergido hasta sus flancos en el East River. con el cuello extendido, mordisqueando delicadamente las plantas en la terraza de un apartamento.

Dick esperó fuera mientras Sylvia hablaba con la profesora de Maddy.

- Estoy preocupada por Maddy -dijo Sylvia-. Desde que vinimos aquí ha estado muy callada, como triste.

La profesora se apellidaba Brown: era negra, entrada en carnes y tenía casi sesenta años. Llevaba un vestido de algodón estampado, con minúsculos patitos amarillos sobre fondo verde.

-No debe preocuparse, señora Clay -le contestó con una ancha sonrisa - . Su chiquilla se encuentra perfectamente. Vaya, según los paradigmas de normalidad aceptados por el moderno pensamiento pedagógico, está avanzando en línea recta hacia la autoactuaiización de un modo óptimo... El año que viene quizá pensemos en la posibilidad de poner en acción algunos refuerzos de proximidad en el módulo matinal, pero entonces tendrá una nueva facilitadora. Ya no formará parte de mis polluelos.

Esto era algo en lo que Sylvia había estado pensando mucho, si es que en los últimos días todavía era capaz cíe pensar en algo.

- Lo único que deseo es saber si se encuentra bien -dijo - . Sé algo sobre niños, sé lo que es bueno y lo que no. Cuando vivíamos en Eugene
organicé grupos de padres y cooperativas para cuidar niños. Vi cómo actuaba Maddy con los demás niños. Sé que...

-Oooeee -exclamó la profesora - . Desde luego era usted importante, señora Clay. ¿Ha dicho que eso era en Eugene?

—Eugene. Oregón.

—¿Está en los Estados Unidos? -Riendo, posó firmemente su mano entre los omoplatos de Sylvia y la empujó hacia la puerta-. Su pequeña se está adaptando estupendamente a la nueva escuela. No se preocupe. ¿Me ha oído? Anda. Maddy, ven aquí. Tu mami está espe rando.

Una vez fuera. Maddy echó a correr hacia los brazos de su padre. Éste la levantó por el aire, y luego la bajó hasta el nivel de sus ojos.

- ¿Cómo está hoy mi calabaza? ¿Cómo anda mi pequeña?

Maddy abrió los labios y señaló su cuello con el dedo.

-Pronto -dijo él-. Ésta noche comeremos en un chino. Yum. En un restaurante. ¿Qué te parece eso?

Ella asintió enfáticamente, luego le dio un rápido abrazo y empezó a removerse para que la bajara. Siempre habían estado muy cerca el uno de la otra. Sylvia se ajustó el abrigo un poco y se abrochó el último botón del cuello. Había empezado a nevar.

Bajaron por la calle Setenta y tres. Maddy se les adelantó corriendo y les esperó en la esquina.

-En Eugene nunca se portaba así -dijo Sylvia -. Me preocupa.

- Está perfectamente -dijo Dick. Cuando llegaron a la esquina, se tapó la cabeza con el periódico. Maddy le hizo señas para que se agacha ra y le acarició la mandíbula, agitando luego sus dedos regordetes. Dick se rió-. Ya te lo he dicho mil veces. Me afeité porque nos fuimos a Nueva York. Los hombres no llevan barba en Nueva York.

La cogió de la mano y empezaron a cruzar la calle.

-Esperad a que se ponga verde -gritó Sylvia, y luego empezó a cruzar también.

Un taxi apareció rugiendo por el cruce. Sus frenos chirriaron y el vehículo patinó, rociando la calzada con una negra lluvia de fango, esquivándola por unos centímetros.

Al final del período cretácico, hace unos 100 millones de años, el océano Ártico y el golfo de México estaban conectados por un vasto mar de poca profundidad, que dividía en dos América del Norte.

- Mira esto. Maddy -dijo Sylvia, con el libro abierto en su regazo. Había un diagrama mostrando el este y el oeste de América del Norte divididos por una cinta de agua, como si una gran lengua hubiera lamido el continente desde Corpus Christi hasta Tuktoyaktuk, en la bahía Mac-kenzie. Si Colón hubiera zarpado hace cien millones de años, si ahora estuviéramos en esa época, hace cien millones de años, tendría que haber cruzado ese océano para llegar a Nueva York. Probablemente, sería
gente que hablaba diferentes idiomas, visitantes de una tierra extranjera-. ¿Maddy?

Se había dormido sobre la alfombra junto a su casa de muñecas.

- Yo me encargo de ella -dijo Sylvia. aunque Dick no se había movido de su sillón.

Parecía clavado ahí, con los impresos de impuestos amontonados a sus pies, sobre su regazo y en la mesita del café que tenía al lado. Se imaginó a un paleontólogo del futuro trabajando con la piqueta y el cepillo para extraer sus restos fosilizados del sillón, quitando con terrible paciencia resmas enteras de impresos petrificados del Servicio Interno de Impuestos: una tarea imposible y desesperada.

Acostó a Madeline y luego volvió al sota; se sentó en él con los pies recogidos bajo el cuerpo. El libro seguía abierto en la misma página. Fue siguiendo el diagrama del mar interior con la punta del dedo, y luego miró la ilustración de la página siguiente, cómo el artista había imaginado la escena. Los brontosaurios chapoteaban en los bajíos, masticando las ramas más altas de las palmeras gigantes. Pteranodontes con una cresta en la espalda se deslizaban por encima de las tranquilas aguas pizarrosas sobre alas que tenían aspecto correoso, y medían casi cuatro metros de largo.

—Me gustaría que no pasaras tanto tiempo leyendo esas cosas, Syl - dijo Dick -. Debemos encarar definitivamente nuestra nueva vida aquí. Si tanto deseábamos plantas y animales, podríamos haber buscado un lugar en los suburbios, en Scarsdale o White Plains.

—Lo siento.

Cerró el libro y lo dejó a un lado. Después de todo era sólo un libro ilustrado para niños y estaba cansada: el día había sido muy largo. Sus manos deseaban abrirlo de nuevo, así que las dejó sobre su regazo y contempló cómo Dick vaciaba su pipa en el cenicero. Sintió deseos de que hiciera e! calor suficiente para abrir la ventana. En su casa de Eugene le gustaba el olor del tabaco, pero en este apartamento le resultaba asfixiante. Se preguntó si eso tendría algo que ver con el tamaño de las habitaciones, o si era alguna incompatibilidad básica del humo con el aire de Nueva York, que poseía un sabor y una densidad totalmente propios.

—¿Por qué estamos aquí? -preguntó.

—Perdona, ¿cómo dices? ¿En este planeta? ¿O en esta habitación?

—No sé en qué estaba pensando. -Su mano se agitó en el aire vaga mente-. Lo siento. Estás ocupado.

—No. -Él dejó a un lado el papel que había estado leyendo y la miró-. Durante las últimas semanas no hemos mantenido al día nuestro inventario emocional, ¿verdad? -le preguntó - . ¿Qué tal te ha ido?

—Supongo que bien. Un poco enloquecido. Da la impresión de que no consigo mantener los pies en el suelo.

La frase del año. Los dinosaurios de mayor tamaño, según se creía, tenían dos cerebros, uno en la cabeza v otro en la base de sus colas. Syl-
via tenía la sensación de poseer media docena o más, cada uno luchando con los otros, todos gritando desacompasadamente. Apoyo la cabeza en los cojines del sofá y cerró los ojos.

—Supongo que. estando aquí, es lógico esperar cierta reestructuración de nuestra experiencia cotidiana. ¿Has tenido suerte en tu caza del trabajo?

—No. -Meneó la cabeza de lado a lado sin levantarla del cojín-. No hay suerte, no hay promesas, no hay esperanza. No. no. no.

Sintió un estremecimiento, mezcla de mareo y cansancio.

—Espero que no permitirás que ese incidente del metro tenga una influencia negativa sobre tu actitud en cuanto a vivir aquí.

—No se trata de eso. Es...

Su mente estaba vacía. Abrió los ojos y miró al techo, las grietas del yeso visibles a través de la nueva capa de pintura blanca. No le salía ni una sola palabra.

- A veces -dijo él, y en su voz había algo que la impulsó a mirar le-... a veces debes dejar de ser un poco tú misma para poder ser tú misma aquí, tú misma en Nueva York. No es lo mismo, psicológicamen te hablando.

-Te quiero no importa donde estemos -contestó ella.

Apoyó de nuevo su cabeza sobre el cojín y cerró los ojos. Tendría que irse a la cama, pensó, o de lo contrario se quedaría dormida aquí mismo. Le oyó remover sus papeles, volviendo a concentrarse en ellos.

- Encontrarás un trabajo -dijo él - . Siempre hay un mercado para los expertos en algo. Y a largo plazo creo que te gustará vivir en Nueva York. Es un lugar emocionante. Vivo.

Sylvia sonrió, asintiendo. También ella pensaba de vez en cuando que Nueva York estaba vivo, que era un enorme y perezoso animal de asfalto y piedra, y que. lenta pero implacablemente, les estaba dirigiendo a todos. Deseó decirle a Dick lo acertado que estaba.

—Me pregunto qué sabría de ti si pudiera leer en tu mente -dijo él.

—Me pregunto qué sabría yo de mí - murmuró ella.

Sylvia despertó en la oscuridad. Sintió que Richard se incorporaba en el lecho junto a ella. Lanzó un grito que parecía se debía más a la pérdida que al dolor, un sonido aterrorizado y lleno de angustia. Se irguió y extendió el brazo poniendo su mano en la nuca de él. Pronunció su nombre. Él volvió a gritar, esta vez no tan alto, y luego se derrumbó como un saco en la cama.

- ¿Otra vez? -murmuró un instante después.

Ella asintió, comprendiendo casi en seguida que estaba demasiado oscuro para que él pudiera ver su gesto.

-Sí.

Era la tercera vez en las últimas cuatro noches.

- No pasa nada -farfulló él, dándose la vuelta y apartándose -. No te preocupes.

Apartó su mano en una sacudida y, cogiendo la almohada, se la apretó contra el estómago.

A veces tenía la sensación de que le conocía tan bien como a ella misma. Mejor, quizá. Pero a veces se descubría observándole con suspicacia, preguntándose si iba a metamorfosearse en algo totalmente inesperado, imaginando que quizá despertara alguna mañana junto a una pie-
dra, un pájaro o un cuaderno de notas.

- ¿Richard? -le llamó en voz baja.

Ya estaba dormido.

El informe meteorológico pronosticaba una jornada bastante fría. Sylvia dejó las ropas de Maddy sobre el sofá (pantalones gruesos, jersey cuello de cisne) y fue a preparar el desayuno. Cuando tuvo preparadas las gachas. Maddy ya estaba vestida y jugaba en el suelo de la sala con su muñeca. La hacía volar trazando ochos por el aire, emitiendo zumbantes ruidos de motor y riendo. Una vez en la mesa, la puso junto a su plato mientras comía.

-Va a ser un día frío -dijo Syivia, como si hablara consigo misma-. Parece que tenga ganas de nevar.

Maddy miró a su muñeca con el rostro de tela y la sonrisa idiota, meneando luego la cabeza en un gesto lento y triste. La muñeca, con la mano de Maddy a su espalda, la acompañó en un gesto idéntico.

Dick salió del dormitorio metiéndose los faldones de la camisa en el pantalón. Luego se instaló a la mesa, lleno de buen humor y energía.

-Tienes que establecer prioridades en tu vida -dijo, golpeando la mesa con el puño-. Tienes que saber lo que quieres y cogerlo.

Extendió la mano hacia Maddy, dándole un pellizco en la mejilla, y ella se rió.

Maddy y Dick se fueron al mismo tiempo. Sylvia recogió los platos y salió unos minutos después. No le gustaba estar sola en el apartamento. Se sentía inquieta, pese a las ventanas bien protegidas y el cerrojo especial. En lo más hondo de su mente la protección implicaba la necesidad de protegerse, y ello, a su vez, llevaba implícito el peligro. Los cerrojos y los barrotes la hacían sentirse como un suculento pedazo de carne, una nuez madura lista para que rompieran su cascara.

Se detuvo en la cafetería de la esquina, como hacía cada mañana, y pidió una taza de té. La sostuvo con las dos manos, sintiendo el calor en sus palmas, y contempló el líquido. Vio formas en el vapor que desprendía, animales que se alzaban sobre sus patas traseras, extraños pájaros en pleno vuelo. Cerró los ojos y sintió que flotaba con el vapor, como un pájaro ascendiendo en una columna de aire cálido.

En la esquina de la calle Setenta y uno y la Segunda Avenida había un hombre inmóvil. Era joven, no tendría más de veinte años. Iba mal vestido y no llevaba calcetines, aunque el día era frío. Su piel estaba muy pálida por encima de la media barba negra que apuntaba en sus mejillas.

- ¡En nombre de Dios! -gritaba a los transeúntes-. ¡En nombre de Dios! - Sylvia se detuvo a mirarle. Otros apartaban la vista al pasar junto a él-. ¿Qué le ocurre a todo el mundo? -gritaba, balanceándose primero sobre un pie y luego sobre el otro, a punto de perder el equilibrio a cada oscilación-. ¿Por qué nadie ayuda? ¿Qué está pasando aquí?

Y empezó a llorar.

-Yo le ayudaré -dijo Sylvia, a unos pasos de él, no atreviéndose a estar más cerca-. ¿Necesita comida? ¿Dinero? ¿Está...? ¿Qué puedo hacer?

A cada pregunta, él intentaba hablar y luego meneaba la cabeza. Sylvia se sintió incómoda. Fue hacia él y le cogió del brazo, sacudiéndolo suavemente, sorprendida al sentir su delgadez bajo la manga.

- ¿Necesita un médico? Sólo tiene que mover la cabeza. Aquí cerca hay un restaurante. ¿Quiere que le pague algo de comer?

Tenía la sensación de ser una suplicante, como si ella estuviera aún más indefensa que él, agitando ahora la mano para que le dejara en paz. Encontró un billete de diez dólares en su bolso y se lo metió en el bolsillo.

-Rápido -dijo él-. ¿Cómo se siente?

-¿Qué?

Ella dio un paso hacia atrás.

-No piense. Maldita sea, lo está perdiendo. -Sacó un bolígrafo y un maltrecho cuadernillo de un bolsillo interior-. ¿Cuáles eran sus sensaciones al darme el dinero? ¿Qué tal la culpabilidad? ¿Diría que se sentía muy culpable, bastante culpable, moderadamente culpable o nada en absoluto...?

Sylvia le quitó el cuadernillo de entre los dedos y lo arrojó a la calzada. El cuadernillo se desvaneció bajo el torrente de coches. Vio cómo unas cuantas páginas sueltas revoloteaban alejándose por la calle; luego le dio la espalda y empezó a alejarse.

- ¿Por qué ha hecho eso? -gritó él con voz quejumbrosa a su espalda -. ¿Por qué diablos ha hecho eso?

Cuando llegó a la siguiente esquina, él estaba chillando a pleno pulmón.

-Intenta recobrar tus diez pavos, puta.

Eran las diez y cuarto; su cita para una entrevista con la Agencia para el Cuidado Infantil de la ciudad era a las once. Se detuvo antes en su banco, y entregó al empleado su libro de cheques y su identificación. Él se quedó mirando su permiso de conducir de Oregón.

- Sólo llevamos aquí un mes -le explicó. Sus ojos fueron de la foto que había en el permiso a su rostro, y luego volvieron al permiso -. ¿Sigo siendo yo? -le preguntó, sonriendo.

Él empujó el dinero hacia ella por encima del mostrador. La miraba corno s¡ fuera capaz de ver ¡a pared que había a su espalda, corno si no estuviera allí.

Salió del banco a las once y cinco. Al principio, pensó que su reloj se había adelantado media hora. Golpeó el cristal con el dedo y luego volvió a entrar en el banco. El reloj que había en la pared y el suyo estaban totalmente de acuerdo: las once y cinco: ahora las once y seis. Era imposible. Sabía que había estado en el banco quiza unos diez minutos, quince como mucho. Se quedó inmóvil, mirando alternativamente ¡os dos relojes, intentando reconciliar sus recuerdos con la inflexible realidad de la hora.

Una vez fuera. caminó lentamente por la Segunda Avenida, intentando pensar. Pasó junto a una cabina de teléfonos y miró su reloj. Ya llevaba diez minutos de retraso. No se le ocurría ninguna excusa, nada que pudiera decir. La oficina se encontraba en el ayuntamiento de la calle Church. en la punta sur de Manhattan, un trayecto cíe veinte minutos en taxi. Empezó a caminar más de prisa, como si pudiera cubrir las noventa v cuatro manzanas a pie. como si pudiera llegar diez minutos antes del momento en que había salido. No se dio cuenta de que habían tendido una cuerda amarilla entre las calles Sesenta y seis v Sesenta y siete, apenas vio al obrero que estaba en pie en la calle, tampoco oyó el leve ruido del cable que chasqueaba cinco pisos mas arriba. Sin embargo, todas esas señales se juntaron en algún lugar cíe su mente. y se detuvo justo cuando caía el piano.

Era un Stemway de concierto precioso, totalmente hecho de ébano. Cayó de cinco pisos en un segundo y medio, estrellándose en el suelo con un acorde locamente torturado y un chasquido lunático. Durante un instante el aire pareció estar lleno de pedazos de madera y alambre que volaban, y luego todo se quedó inmóvil, y Sylvia seguía allí, intacta, con los restos del piano esparcidos a su alrededor.

El obrero había caído en mitad de la calle. Se puso en pie y fue tambaleándose hacia ella, agarrándose el hombro. Tomó asiento sobre ¡a destrozada caja del piano, moviendo su cuerpo con tanta cautela como si se tratara de una delicada y valiosa herencia.

-Se encuentra bien? -le preguntó Sylvia.

Él miró bajo la mano que seguía apretando contra su hombro y se encogió levemente.

—Ni mal ni bien -dijo - . Jeanie.... mi hija pequeña, ¡e sacaron la muela del juicio el miércoles, y ahora tiene que sorber líquidos con una paja, y se está

quejando todo el rato. A mi mujer la está volviendo loca.
Y Billy, es el segundo, me escribe desde la universidad que necesita dos cientos dólares para entrar en una fraternidad. Yo pienso que con doscientos dólares debería olvidarse de la fraternidad y buscar algo de amor, pero supongo que para eso están los hijos. ¿Y usted?

—No lo sé -dijo Sylvia - . Esta ciudad... me ha estado haciendo algo raro. Nos lo ha estado haciendo a todos, a mi esposo, a mi hija y a mí.

—Ese algo... ¿podría ser un poco más precisa?

—No lo sé. No lo sé.

—Sí -dijo el, asintiendo pensativamente - . Recuerdo que dijo lo mismo hace un instante.

—Todo es muy extraño y no para cíe cambiar -prosiguió ella-. Todo está relacionado con la incertidumbre y con...

-¿Y?

—El cambio. He estado pensando mucho en el cambio.

—Tengo quince centavos -le dijo *el.*

Una mujer salió del pequeño restaurante que había al otro lado de la calle.

—He llamado a una ambulancia --les gritó-. Estarán aquí dentro de un minuto. No se muevan. Estarán aquí ahora mismo.

—Tengo que irme -le dijo Sylvia al obrero-, Ayer descubrí que no me gustan nada las ambulancias.

—Es bueno descubrir algo nuevo cada día -contestó el obrero. Par padeó, mirando a su alrededor como si viera el piano destrozado por primera vez- . Ahí han ido a parar las alas de la canción.

—Me gusta usted -dijo ella - . Es la primera persona de aquí que me gusta.

El se encogió de hombros.

- Tarde o temprano acabará encontrando de todo en esta ciudad Todo está aquí.

Richard llamó para decir que llegaría tarde a cenar.

—Por cierto -le dijo-. se me olvidó mencionarlo esta mañana. Me gustas con el pelo rubio.

—Soy rubia. Diek. Siempre he sido rubia,

- Ah. -Una pausa-. Bueno, no he dicho que no lo fueras.

Cuando Svlvia fue de puntillas hasta la puerta para echa: un vistazo, encontró a Maddy jugando con sus muñecas. Había adquirido la costumbre de acercarse silenciosamente a la habitación de Maddy. casi con cautela, esperando sorprender a su hija en alguna conversación disimulada. Ahora, de pie ante el umbral, sintió cierta vergüenza.

- Ven. cariño - le dijo-. Te leeré un libro.

Maddy se quedó quieta, una muñeca en cada mano, y h unció el ceño ante el esfuerzo de tomar una decisión. Luego meneó la cabeza: no.

-Tu nuevo libro de dinosaurios -dijo Sylvia. Maddy no se tomó la molestia de responder; ya había emitido su opinión al respecto - . Si cambias cié parecer estaré en la sala.

Sylvia tomó asiento en el sofá y leyó sobre la extinción de los dinosaurios. Según el libro, era un misterio que nadie podía explicar adecuadamente. En un momento ciado del tiempo geológico cubrieron la tierra y llenaron el cielo con toda su grandiosa gloria de reptiles, y al instante siguiente ya habían desaparecido, todos y cada uno de ellos, casi antes de que las rocas pudieran darse cuenta de ello. Sylvia empezó a entristecerse leyendo todo

eso, y pasó las páginas para volver a las primeras imágenes, los estegosaurios que avanzaban lentamente por entre las densas selvas, y los pteranodontes que se deslizaban por un cielo rosa y carente de nubes, mecidos en sus enormes alas membranosas. Leyó hasta que llegó el momento de empezar con la cena, y dejó el libro a un lado con cierta reluctancia.

Mientras cortaba la lechuga encima de la madera que había puesto sobre el fregadero, estuvo pensando en el cambio y en algunas de sus clases: la variación de los colores que tenían lugar bajo sus párpados de noche, los cambios en la distancia y el tiempo. El largo cuchillo le hacía guiños, oscilando sobre su punta. Richard y Madeline estaban cambiando, y ella tenía que cambiar también, o moriría al igual que los dinosaurios. Se preguntó qué clase de fósil dejaría tras ella. Se preguntó si Richard la conservaría en su recuerdo, y con qué color de pelo, y si su foto seguiría pegada a la pared de Maddy.

Bajó la vista. Había cortado la lechuga en pedacitos tan minúsculos que no se le ocurrió modo alguno de utilizarlos.

Dejó el cuchillo sobre la madera de trinchar y fue a la habitación de Maddy.

- ¿Quieres jugar a la casa? -Maddy sonrió, asintiendo. Siempre estaba ansiosa de participar en ese juego. Sylvia se arrodilló junto a ella y le acarició el cabello. Maddy le puso entre los dedos una muñeca con un ademán impaciente, como para decir que éste no era momento de mimos tontos. Sylvia hizo caminar la muñeca hasta la pared frontal de la casa de muñecas, que Dick había construido en Eugene utilizando clavos y trozos de madera-. ¿Hay alguien en casa? -preguntó con voz de falsete -. No puedo ver y estoy buscando la casa de los Clay. ¿Cuál es? ¿Hay alguien aquí?

Maddy dejó su muñeca junto al umbral y realizó la pantomima de abrir una puerta.

- He oído algo -dijo Sylvia-, pero no puedo ver. No puedo ver. ¿Quiénes?

La muñeca de Maddy se quedó inmóvil, como si estuviera pensando; luego tocó suavemente el hombro de la muñeca de Sylvia.

La muñeca de Sylvia retrocedió.

-No me empujes. Me estás asustando. Por favor, dime quién eres.

Maddy dejó la muñeca en el suelo de la casita y se quedó sentada, agarrándose las rodillas. Sylvia le tocó la mejilla.

- Sólo una palabra. Tu nombre. Lo que te gustaría cenar esta noche. Sólo para hacerme saber que puedes decirlo.

Maddy se metió el pulgar en la boca y cerró los ojos. A Sylvia le pareció que tenía primero tres años, luego dos y, por fin, que era una recién nacida.

Cuando Sylvia oyó la llave de Dick en la cerradura fue al vestíbulo. Cuando entró parecía cansado y tenía los hombros encorvados, como si el peso del maletín fuera superior a lo que podía tolerar. Se imaginó el aspecto que ella debía de tener ante él, los brazos cruzados, la espátula en la mano, el pelo revuelto y el delantal ensangrentado con salsa de tomate.

-Tenemos que hacer algo con Maddy -dijo. Él parpadeó y sus ojos fueron más allá de Sylvia, hacia la sala, pero ella no pensaba apartarse tan fácilmente -. No habla. ¿Entiendes? Hay algo que anda mal en ella. Es algo más que simple timidez o reticencia; no utiliza las palabras para nada.

Él empujó la puerta, la cerró y dejó el maletín en el suelo.

- Claro que habla -dijo él-. Ven aquí un minuto, Maddy. Ven aquí, calabaza. Dile algo a tu mami. -Maddy salió de su dormitorio, pulgar en la boca, arrastrando tras ella a su muñeca-. Dile a tu mami... oh, dile qué tal fue hoy la escuela.

Maddy le miró primero a él y luego a Sylvia. Luego se sacó el pulgar de la boca.

-Yasut -contestó en voz baja y tranquila-. Fortung pit casli fas. Fiziunmung.

- ¿Ves? -Dick se quitó el abrigo y lo colgó en el armario-. Dios, estoy agotado.

Se instaló en su sillón de costumbre y cerró los ojos, buscando a tientas con la mano derecha su pipa en el cenicero.

-Dick -dijo Sylvia con la voz tranquila y controlada que un padre podría utilizar para explicarle a su hijo qué es la vida -. Maddy no está hablando ninguna lengua conocida por ninguna criatura de este planeta, salvo ella misma. Todo era inventado. No era real.

-Desde luego. Es más capaz de inventar que la mitad de la gente de mi departamento.

- Sí, pero ¿comprendiste lo que dijo?

-Por supuesto. -La miró con sorpresa-. ¿Tú no?

Esa noche volvió a despertar gritando, la piel cubierta de sudor. Sylvia le agarró del brazo hasta que todo hubo terminado.

- ¿Qué era? -le preguntó-. Por favor...

Él no contestó y un minuto después estaba dormido.

Sylvia se quedó contemplando la oscuridad. Apartó la caja de pañuelos de papel que había sobre la mesita de noche, dejando al descubierto el reloj digital. Eran las tres y dieciocho. Cerró los ojos e intentó dormir, contando los segundos y los minutos. Finalmente abandonó la cama y salió de la habitación, guiada por el frío brillo azul de los números.

Fue a la sala y tomó asiento en el sillón de Dick. a oscuras. El sillón era demasiado ancho para ella y los brazos quedaban demasiado separados de su cuerpo. Se removió, incómoda, apoyándose en el brazo de la izquierda. Intentó pensar en cosas importantes, la vida, el cambio, y se
encontró contemplando las sombras que se entrecruzaban en el techo y en los batientes de la ventana. El hogar, se dijo a sí misma con firmeza. dirigiéndose a su contusión, su soledad v su miedo. Esto es el hogar.

Salió del apartamento por la mañana sin ningún destino en mente, yendo hacia donde la llevaran las calles: bajando hacia el sur por la Segunda Avenida, al oeste en la Sesenta y seis, nuevamente al sur en la Tercera Avenida y así sucesivamente, abriéndose paso en diagonal a través de la ciudad. El aire estaba lleno con la música de la ciudad, el olor de los cigarrillos, la comida y los vapores de la gasolina. Sylvia siguió caminando, con la esperanza de que algún sentido de lo que era todo eso llegara hasta ella, esperando descubrir su parte, su lugar.

El día había empezado con el cielo despejado, pero a medida que caminaba empezaron a llegar nubes oscuras del oeste, que cubrieron el horizonte. Viendo cómo se movían, imaginó una lluvia de pianos precipitándose contra el suelo en un acorde salvaje (y. por un segundo, pensó en un reino de pianos: «Damas y caballeros, nuestro líder, el honorable y siempre vertical Baldwin»). Las nubes se dispersaban por el cielo, arrojando un crespúsculo prematuro sobre las calles. Se preguntó si el tiempo era capaz de hacer cosas extrañas en la ciudad, si podía ser tan caprichoso y falso como el clima, precámbrico por la mañana, mesozoico por la tarde, con retazos de octubre en el oeste. El tiempo era como el latido de un corazón en la ciudad, pensó, un ritmo interno que sólo tenía conexiones vagas y medio impalpables con el avance del tiempo en el universo exterior, la rotación de la tierra a través cié sus días y su giro por entre las estaciones, las oscilaciones de un átomo de cesio 133. En lugar de nubes, lo que se espesaba en el cielo bien podían ser horas o eones.

Recorría una tranquila calle residencial de la Treinta oeste, soñando despierta con el tiempo y el latido cardíaco de la ciudad, cuando, por primera vez. tuvo la sensación de que la

seguían. Se detuvo y miró a su alrededor; sólo vio a un puñado de peatones; ninguno de ellos le era familiar. Meneó la cabeza y siguió andando, pero algo había cambiado en su humor y su modo de ver el día. Empezó a cansarse, a sentir el frío, y los músculos de sus piernas estaban tensos. Ya no tenía una idea clara de lo que pretendía hacer a! salir esa mañana del apartamento. Al llegar a la esquina siguiente, giró hacia el norte y emprendió el camino de vuelta.

Cuando iba por la calle Treinta y seis tuvo nuevamente la sensación de que alguien estaba detrás de ella. Se detuvo y esperó, observando, intentando oír los sonidos que estaban en el límite de su campo auditivo. En ese momento no se veía a nadie. Miró las ventanas de las casas. Las piedras marrones de! otro lado de la calle parecían agazaparse como ancianos cansados con los ojos a medio abrir, y en sus largas grietas le pareció ver los surcos que se abren en la carne envejecida. Se preguntó si
era de ahí de donde venía la sensación, de todas las ventanas, y sonrió, divertida por su estupidez, una sonrisa nerviosa y tensa. El vapor surgía como aliento cálido de una rejilla situada al final del bloque. Después de ella no había nada, sólo la ciudad.

Empezó a caminar de nuevo, pero seguía teniendo la sensación de que alguien estaba ahí, manteniéndose a cierta distancia de ella igual que ei reflejo de la luna sobre un lago. Ea sensación fue creciendo hasta que. al final. !e fue imposible reírse de ella, ni tan siquiera con nerviosismo, y se convirtió en miedo. En la Sexta Avenida se encontró nuevamente rodeada de gente y se dijo que todo iba bien, que ahora había gente a su alrededor, pero su corazón daba saltos desbocados dentro de su pecho. No tenía sentido alguno, pero no podía seguir con su intento de comprender a la ciudad. Ea estaba observando con ojos hambrientos. La imaginó alzándose a su alrededor, lengua de asfalto, mandíbulas de piedra. La imaginó abriéndose bajo sus pies. La calzada se estremeció al pasar bajo ella un convoy del metro, y Sylvia echó a correr.

Corrió hasta quedarse sin aliento, sabiendo que la ciudad corría tras ella, delante de ella, sabiendo que no había lugar alguno donde ir. Por fin, todo el aire se esfumó en sus pulmones y se detuvo, la cabeza gacha, las manos sobre las rodillas, toda su mente concentrada en su pulso.

- Mírala -dijo alguien - . Mírala. Mira.

Sylvia estaba cambiando, al principio con tal lentitud que todo parecía obra de la luz. y luego fue más y más de prisa. Su piel se hizo gris y correosa. Sus huesos se ahuecaron, haciéndose más ligeros, y cambiaron sus proporciones de tal modo que la obligaron a inclinarse y adoptar una postura encorvada. Su cráneo se prolongó hacia atrás formando una cresta de hueso, y su boca se tensó hasta convertirse en un largo pico, duro y esbelto. Quiso hablar pero, fuera cual fuese su idea, se perdió antes de nacer. Ahora le resultaba difícil pensar en cualquier cosa. Sus brazos se encogieron mientras que los dedos meñiques se alargaban hasta tocar la acera. Era gruesa membrana creció entre sus brazos y su cuerpo, colgando en pliegues desde la axila hasta el tobillo. Empezó a tambalearse sobre sus pies minúsculos, tan inadecuados para el suelo, y miró a su alrededor aterrada, sin ver los cuerpos que la encerraban por todos lacios, buscando el cielo. Sus grandes alas se abrieron a sus costa-dos, alzándose por encima de los hombros, y al dar un paso hacia adelante las hizo bajar de golpe y las alas se hincharon, capturando el aire, impulsándola hacia el cielo.

Fue idea de Dick el que visitaran el Museo de Historia Natural aquel sábado. Caminaron lentamente alrededor de los tótemes y los insectos, los primates y los meteoritos. Dick se quedó inmóvil bajo un modelo tamaño natural de una ballena azul, suspendido del techo en la Sala de la Vida Marina.

- Éste es el tipo de cosa que sólo puedes encontrar en un sitio como
Nueva York -dijo-. Este es el tipo de ventaja que hace emocional-mente beneficioso, a nivel

de costes, vivir aquí.

Le sopló un beso a Sylvia y jugueteó con el pelo de Maddy.

Maddy parecía cansada, agotada por tanto correr precediéndoles de una sala a otra, desapareciendo de vez en cuando durante unos minutos.

-Hambur -dijo, su mejilla apoyada en la cadera de Sylvia-. Hamburgo.

Desde que se había despertado esa mañana, pronunciaba de forma reconocible fragmentos de palabra.

-Hay una cafetería en el sótano -dijo Sylvia-. Id delante los dos. Yo vendré dentro de un minuto.

Los dinosaurios se encontraban en el cuarto piso, en una sala sin ventanas. Las paredes eran del típico color verde museo. Sylvia se abrió paso por entre la gente, pasando junto a los huesos de los hadrosauros y los pteranodontes extendidos sobre capas de yeso. Los contempló fríamente y siguió avanzando. Se detuvo ante una caja de cristal en la que había el cuerpo momificado de un pterosauro, con la piel negra y quebradiza extendida sobre los huesos, los miembros retorcidos no por la agonía sino por el desorden geológico y los años transcurridos, que los habían resecado. Intentó oler algo, pero lo único que sintió fue la débil vaharada del humo de un cigarrillo que ya se desvanecía. Fue hasta el centro de la sala, allí donde se alzaban dos grandes esqueletos sobre una plataforma de cemento protegida con una barandilla de madera. Tracodonte y Tiranosaurio, la punta de sus cráneos a sólo unos centímetros de ese techo que tenía seis metros de alto. Tenían los huesos más grises que blancos, y estaban cubiertos por surcos profundos, vacíos de su médula. Varillas metálicas hundidas en el cemento se alzaban para sostener las largas columnas y sus enormes cabezas. Las varillas parecían estar vivas, curvándose alrededor de caderas y costillas para encontrar cada una el lugar estratégico donde debían sostenerlas. Sylvia imaginó que desaparecían repentinamente, y los huesos se estrellaban en el suelo, haciéndose pedazos como si fueran de cristal.

Encontró a Dick y Maddy en una mesa de la cafetería y tomó asiento frente a ellos. Maddy estaba nuevamente llena de energía. Dick, sentado a su lado, parecía cansado, como si hubiera trabajado en exceso; necesitaba un descanso más sustancioso del que podía ofrecerle un simple fin de semana.

- ¿Algo va mal? -le preguntó a Sylvia.

Ella meneó la cabeza.

-Nada. Nada en absoluto. Deja que le dé un mordisco. -Alargó la mano hacia el perrito caliente de Maddy y Maddy lo apartó bruscamente, riendo, e hizo llover fragmentos de choucroute sobre el suelo. Dick se puso en pie-. Déjalo -dijo Sylvia, haciéndole muecas a su hija desde su asiento - . Ya lo limpiarán. Para eso pagamos.

Al volver a casa de la tienda, Sylvia vio al hombrecillo cuando estaba a casi un bloque de distancia. Era un enano, tenía menos de metro veinte de alto, y su cabeza calva era de color rosado, sorprendentemente redonda. Se puso a su lado, caminando al mismo ritmo que ella, rozando con el borde de su maltrecho abrigo los tobillos de Sylvia, apresurándose para no perderla.

-Por favor -dijo sin aliento, con una vocecilla aguda-. Lo que pueda darme, lo que le sobre. Un centavo, diez. Lo que sea. ¿Por favor?

Sylvia se cambió de brazo la bolsa de los comestibles y siguió andando rápidamente. Durante la tarde, su recuerdo volvió a ella de vez en cuando, la imagen de su rostro parecido a una torta sonriéndole desde abajo, iluminado por la esperanza mientras ella comía su cena, lavaba los vasos v tomaba asiento ante el televisor.

Por la noche. Sylvia despertó al oír los gritos de Dick. Intentó calmarle, como había hecho las otras veces. Cuando todo hubo terminado, se quedaron inmóviles en la oscuridad;

Dick con la piel cubierta de sudor, con la cabeza de Sylvia apoyada en su pecho. Durante un minuto estuvo escuchando el sonido irregular de su respiración. Saltó de la cama y ella le siguió hasta la sala, sentándose en el sofá. Se dio cuenta de lo bien que encajaba Dick en el sillón y cuan fácilmente llenaba ese espacio .

- Quizá... -dijo Dick. Hizo una pausa para aclararse la garganta-. Quizá no habríamos debido venir aquí. Quizá fue sólo una negativa..., un error. Un lugar como éste es... no sé... quizá tenías razón.

Ella le miró, emitiendo ruiditos burlones con los labios.

-No seas tonto. Ahora todo va perfectamente. Tienes sueño y por eso te sientes triste.

Fue hacia él y. sentándose en su regazo, curvó el cuerpo para apoyar su cabeza en el pecho de él, como si aún estuvieran en la cama.

-No es como yo había pensado que sería -dijo él-. Todo ha cambiado. Tú has... -Golpeó el brazo del sillón con el puño-. Maldición -dijo-. ¡Maldición!

Ella se apretó nuevamente contra su pecho y ladeó la cabeza para besarle el hueco del cuello.

-Ya te acostumbrarás -contestó.